



Manuela D'Ávila, *¿Por qué luchamos? Un libro sobre amor y libertad*, Clacso-Siglo XXI, Ciudad de México, 2021, pp.136

La sociedad moderna se destaca por múltiples razones. La innovación tecnológica nos lleva hacia territorios (físicos o virtuales) inesperados; los Estados rediseñan sus *cartas magnas* en un esfuerzo (real o ficticio) de reconocer la diversidad y las múltiples identidades de nuestra sociedad; el pensamiento del ser humano ha evolucionado y, ahora, la libertad para la expresión de nuestra cultura, preferencia sexual, identidad, o cualquier otro simbolismo sociocultural está garantizada.

En una sociedad como ésta, avanzada e idealizada a medida de la justicia, del derecho a ser respetados, a la no violencia, a la protección de las mujeres de los abusos y la discriminación estructural, también debería ser protegido y resguardado para las generaciones futuras, como una herencia de civilización y evolución social.

Ahora bien, si en nuestras sociedades todo ello fuera real ¿por qué existiría la necesidad de que mujeres y hombres llenaran las plazas, pintarrajearan los edificios, gritaran el derecho más humano del respeto mutuo, levantaran pancartas multicolores, con la desesperada intención de obtener justicia? ¿Por qué, un sentimiento de respeto y de mutuo acuerdo se convierte, en un punto de la vida, en una excusa, tan visceral y cruda, de transformarse en resentimiento, en odio y, finalmente, en desastre?

Estas y muchas otras son las preguntas que nos hace Manuela D'Ávila, periodista, política y activista brasileña, en su obra *¿Por qué luchamos? Un libro sobre amor y libertad*.

A partir de estas inquietudes el trabajo coloca al lector frente a una, aparentemente sencilla, dicotomía. Por una parte, muestra el valor de no ser racista, es decir, la no discriminación directa, o indirecta, hacia ese Otro generalizado (una mujer). Esto, muchas veces significa volverse neutral a la injusticia, propiciando, de manera indirecta la propagación del amorfismo social y de la violencia. Por la otra, la autora destaca el aún más relevante valor de ser antirracista, esto es emprender la lucha en contra de la discriminación estructural de las mujeres y de todas las dinámicas que, injustamente, a lo largo de los siglos, han sido legitimadas como prácticas culturales socialmente aceptadas por la mayoría. De esta manera, parafraseando a Manuela, permanecer como un curioso viajero observando las injusticias de la vida, sin tomar posición o acción directa para su resolución, será sólo una nueva manera de asumir que la violencia en contra de las mujeres es parte de una dinámica social generalizada con la que, lejos de ser resuelta, necesariamente se integra a nuestra convivencia. Esto es, de una manera más somera, pero no menos efectiva, ser racista.

Sin embargo, ¿qué tiene que ver el racismo con el feminismo?, se pregunta Manuela D'Ávila, dialogando consigo misma. Parafraseando a la autora, el feminismo, el verdadero feminismo, no sólo no es racista. También es antirracismo. El feminismo nunca es radical, o por lo menos no debería serlo. En ello hay espacio para múltiples formas de pensamiento, pero cada una de ellas inclinadas hacia una única manera de ejercer respeto.



¿El feminismo es entonces una forma de respeto? ¿No es tal vez una postura política que evade los ataques de un machismo social cada vez más radicado en nuestra *forma mentis*? ¿No es tal vez una manera de educar a las nuevas generaciones, inculcando en éstas la deslegitimación de justificar la violencia? ¿Es lo contrario del machismo?, se pregunta Manuela D'Ávila.

Si de feminismo se trata (del verdadero, se entiende), la conciencia social y los privilegios políticos, laborales, o familiares serán los primeros indicadores de la discriminación estructural de las mujeres frente a una mayoría de hombres privilegiados, respetados y apreciados por sus heroicas aportaciones al cuidado de los hijos, o por su *savoir faire* en una relación sentimental que aborrece cualquier tipo de violencia hacia su pareja.

Así, nuestra sociedad, a pesar de haber “evolucionado” en las aportaciones más finas de la ciencia y de la tecnología a servicio de la humanidad, todavía no ha sabido incorporar los elementos más básicos del respeto mutuo y de la apreciación de la mujer en su papel protagónico para la vida. Aun así, y este parece ser el nudo central del trabajo de Manuela D'Ávila, el feminismo no existe todavía como un sentimiento de comunidad, o como una forma de comunicación entre seres humanos (no sólo entre mujeres). Al contrario, el feminismo de academia, D'Ávila *dixit*, impone el respeto de estándares de conducta por parte de sus fautores; exige reglas ortodoxas y antiguas que excluyen a los hombres (por el sólo hecho de ser hombres) de la dinámica de respeto e integración que esto implica; dicta, en línea con la más pura ortodoxia ideológica, los parámetros del bien y del mal, en una dinámica, en su misma esencia, punitiva.

¿Cómo interpretar entonces el así llamado feminismo? Si nuestra lectura es adecuada, lejos de ser una ideología de pocos para pocos, el feminismo moderno debe tomar un rumbo de excelencia. Tiene que sensibilizarse para poder sensibilizar. Debe incluir, en lugar de excluir.

Claro, porque como cualquier otra idea, el feminismo no puede ser un libro de reglas. Al contrario, debe destacar como en un debate, una conversación o un proceso que no hable de lucha, sino que conduzca hacia ella.

*Tristano Volpato*

Universidad autónoma metropolitana

